

Para hacerse nuestra paz, la Palabra se hizo nuestra:

Han pasado veinticinco años desde el primer Encuentro de Asís, convocado en 1986 por el Papa Juan Pablo II, un gesto profético¹ que tenía como trasfondo el Año Internacional de la Paz. Desde entonces, en la conciencia colectiva, la paz quedó asociada como razón –como espíritu- a la liturgia de este Encuentro.

Para el que hoy se celebra, el Papa Benedicto ha escogido como lema: “*Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz*”.

Lo que el lema sugiere:

Es evidente la estructura binaria del enunciado; lo es también el paralelismo entre sus dos partes:

- *Peregrinos de la verdad*
- *Peregrinos de la paz.*

Esa estructura sugiera que entre **verdad** y **paz** hay una relación real, y será la luz de la fe la que nos ayude a discernir esa relación.

El “*espíritu de Asís*”, inseparable de la paz por la que hemos de trabajar, es también inseparable de la verdad que siempre hemos de buscar.

Trabajo por la paz y **búsqueda** de la verdad los ha recogido el lema de este año en la palabra “**peregrinos**”: hombres y mujeres que, con esfuerzo perseverante, caminan hacia una meta –la paz y la verdad-, que necesariamente los trasciende, como los trasciende la justicia², porque en realidad se trata siempre de Dios: “*Quien está en camino hacia Dios no podrá no transmitir la paz; quien construye la paz no puede no acercarse a Dios*”³. Somos peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz, peregrinos de Dios.

Los perfiles de la paz:

Con la palabra ‘*shalom*’ –paz- se designa en la Sagrada Escritura “*el bienestar de la existencia cotidiana, el estado del hombre que vive en armonía con la naturaleza, consigo mismo, con Dios; concretamente, es bendición, reposo, gloria, riqueza, salvación, vida*”⁴.

Allí donde se ha dicho que la paz es un “*estado del hombre que vive en armonía con*”, ya se entiende que ese estado puede predicarse de cada uno singularmente, y también de un pueblo o de un reino.

“*Jacob preguntó a los pastores: «¿Conocéis a Labán, hijo de Najor?». Contestaron: «Sí». Les dijo: «¿Qué tal está?». Respondieron: «Está bien*”⁵.

“*Hijo mío, no olvides mi enseñanza, guarda en el corazón mis preceptos, pues te traerán largos días, años de vida y prosperidad*”⁶.

¹ Un gesto inspirado por el Espíritu de Dios para el bien del pueblo de Dios.

² Sab 5, 6: “*Nosotros nos desviamos del camino de la verdad, la luz de la justicia no nos alumbró*”. Is 32, 17: “*La obra de la justicia será la paz, su fruto, reposo y confianza para siempre*”.

³ Benedicto XVI, citado en “*Faire mémoire de la rencontre d’Assise*»: Document réalisé sous la responsabilité du Conseil pour les relations interreligieuses, Conférence des Evêques de France.

⁴ X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica* (Barcelona 1967) 583.

⁵ Gén 29, 5-6. An *bene* se habet? *Bene*: F. ZORELL, *Lexicon Hebraicum et Aramaicum Veteris Testamenti* (Roma 1968) 846. *Sanus*ne est? *Valet* (Vulgata). En el texto hebreo, Jacob pregunta por **la paz**, y los pastores responden acerca de **la paz**.

⁶ Prov 3, 1-2.

“Ésta es la fórmula con la que bendeciréis a los hijos de Israel... El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz”⁷.

A lo dicho será necesario añadir que la paz es siempre don de Dios:

“Yo soy el Señor... el que forma la luz y crea las tinieblas; yo construyo la paz y creo la desgracia”⁸.

Éste sería momento oportuno para visitar en un buen diccionario bíblico o teológico los muchos matices que tiene la palabra ‘paz’, y ayudarnos así a descubrir los lazos que la unen con el bien, la justicia, la libertad, la felicidad, la abundancia.

Prefiero, sin embargo, llevarles a ustedes a ese espacio teológico ameno y misterioso que llamamos paraíso terrenal. En aquel jardín que Dios plantó –don de Dios como la paz–, todo resulta tan insólito que sólo nos atrevemos a pensar aquel lugar como un jardín de fantasía: En él hay fruición sin posesión, desnudez que no lleva aparejada la vergüenza, vida que no se ve amenazada por la muerte; allí hay bendición, reposo y gloria; allí hay abundancia, quietud, salud e incolumidad.

¡Aquel espacio primordial es icono perfecto de la paz!

Los caminos de la paz:

El relato del paraíso produce vértigo, pues si reconocemos en sus páginas, no ya la verdad que es propia de la divina inspiración, sino sólo la que se concede a las palabras de un relato mítico, su lectura nos deja en el alma la penosa sensación de que, habiendo recibido un magnífico regalo, *lo hemos destruido* antes de comenzar a gozar de él.

Tal sería la obra de nuestras manos, ésa que inauguramos cuando, según el relato bíblico, *“la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer... tomó de su fruto y comió; luego se lo dio a su marido, que también comió”⁹.*

Allí se rompió la armonía del hombre con Dios, consigo mismo y con el mundo en que se movía. El hombre se ausentó del paraíso. La paz se ausentó del hombre.

Quiere ello decir que la paz, siendo siempre don de Dios, ha sido siempre tarea del hombre: lo era en el paraíso que Dios plantó; lo es en el desierto que creamos con nuestras manos. En el paraíso, el hombre había de mantenerla. En el desierto, ya sólo puede deseirla, amarla, pedirla, buscarla.

Eso nos obliga a considerar los caminos de la paz: *“los que apartan de ella”* y *“los que conducen a ella”*.

Lo que aparta de la paz:

Volvamos por un momento al tiempo de la *‘paz que ha de ser mantenida’*.

Me pregunto qué es lo que el hombre y la mujer pueden buscar si todo lo reciben, qué es lo que pueden desear si todo se les da, qué es lo que los mueve a ignorar el mandato del Señor: *“Del árbol de conocer el bien y el mal no comas, porque el día en que comas de él tendrás que morir”¹⁰.*

A mi modo de entender, lo que buscan es poseerlo todo sin recibirlo de nadie, lo que desean es disponer de todo sin agradecerlo a nadie, lo que los mueve es la ambición de decidir sobre todo sin haber de rendir cuentas a nadie: el hombre y la mujer quieren ser como Dios versados en el bien y el mal.

Para el hombre que quiere ser como Dios, Dios ya no es la fuente de donde procede el bien del que el hombre disfruta, sino el rival que le impide el pleno desarrollo de sus

⁷ Núm 6, 23. 26.

⁸ Is 45, 6. 7. Obsérvese el paralelismo luz-paz, tinieblas-desgracia; y las correspondientes antítesis luz-tinieblas, paz-desgracia.

⁹ Gén 3, 6.

¹⁰ Gén 2, 17.

posibilidades. Se ha hecho apetecible anular el poder del rival, y el hombre lo intentará transgrediendo el mandato de Dios. Ahora tiene un horizonte al que tender, un proyecto que cumplir, y no se detendrá hasta cumplirlo: “Entonces la mujer cayó en la cuenta de que el árbol tentaba el apetito, era una delicia de ver y deseable para tener acierto. Cogió fruta del árbol, comió y se la alargó a su marido, que comió con ella”¹¹.

El horizonte hacia el que el hombre tiende, se le representa siempre luminoso, atrayente, seductor, apetecible, tanto que el corazón presente que no descansará si no lo alcanza.

Entonces la vida se concentra en alcanzarlo, y todo ha de servir al fin propuesto, todo se ha de arriesgar por el bien que se espera conseguir, todo, también la vida.

Y cuando el proyecto se cumpla, el hombre verá al desnudo lo que ha conseguido: destruir la paz que le habían dado para que la cultivase.

En este proceso que lleva al hombre desde el paraíso al desierto, desde la paz a la desolación, desempeña un papel esencial *el engaño*: un espejismo que imita la realidad, una ilusión que remeda la verdad¹².

El engaño urdido por la serpiente, “el animal más astuto de cuantos el Señor Dios había creado”¹³, es una obra maestra de sugestión: “¡Nada de pena de muerte! Lo que pasa es que sabe Dios que, en cuanto comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, versados en el bien y el mal”¹⁴.

El secreto del engaño está en su parecido con la verdad: “Se os abrirán los ojos”... “Se les abrieron los ojos”. En eso la serpiente no mentía. Sólo que el prometedor “seréis como Dios” se ha quedado en un irónico “descubrieron que estaban desnudos”.

Con todo, el engaño, fuese el mejor urdido y con más astucia, resultaría siempre inútil si no encontrase en el hombre la colaboración necesaria de *la ambición*.

El apenas descrito es el camino que aparta de la paz y lleva a la muerte: En el paraíso se escribió el primer capítulo de la ‘muerte de Dios’ –la muerte del rival del hombre-, y se fijó el paradigma de un mundo imaginado sin rivales. Comenzó entonces la historia del ‘mundo sin’¹⁵.

Para alcanzar lo que el corazón ambiciona y el engaño promete, Caín reclama un mundo sin Abel¹⁶, David lo necesita sin Urías¹⁷, Ajab lo añora sin Nabot¹⁸, Herodes lo programa sin los niños de Belén y su comarca, Macbeth lo sueña sin Duncan, Claudio y su maldito zumo de beleño lo han dejado sin Hamlet.

Pero, víctimas del *engaño* y *la ambición*, estos ‘buscadores de paz’ sólo alcanzarán a disponer con sus opciones el escenario en que va a representarse su propia tragedia.

Observen que, para asesinar al rival, de algún modo el hombre necesita haber asesinado a Dios.

“Lo que conduce a la paz”¹⁹:

Si el enemigo de la paz no es el hombre, sino el engaño y la ambición, se intuye que la verdad buscada –antídoto del engaño- y la piedad ejercida –antídoto de la ambición- son caminos que llevan a la paz. Esta reflexión sobre «el diálogo interreligioso y el espíritu de Asís» queda así enmarcada en un contexto de amor a la verdad y obediencia a la

¹¹ Gén 3, 6.

¹² ¿Por qué en este contexto me viene a la mente la política?

¹³ Gén 3, 1.

¹⁴ Gén 3, 5.

¹⁵ Referencia al lema ‘Madrid sin Papa’ de una campaña de Izquierda Unida en los días previos a la Jornada Mundial de la Juventud.

¹⁶ Gén 4, 8.

¹⁷ 2 Sam 11, 15.

¹⁸ 1 Re 21, 14-16.

¹⁹ Cf. Lc 19, 41.

piedad. Vamos a analizar ahora, de forma casi fugaz, posibilidades y límites de unos caminos que pueden acercarnos al paraíso perdido de la paz.

El camino del diálogo:

Si consideramos el diálogo como un medio para la paz, lo estamos haciendo huésped de un espacio de conflicto. El diálogo sería una forma razonable de gestión y control de la violencia omnipresente en la vida del hombre.

En nuestro caso, se me ha pedido una reflexión sobre el “*diálogo interreligioso*”; y esta expresión, habitual por inocente, sugiere, sin embargo, desde el momento en que la pronunciamos, que las religiones son sujetos naturales de violencia. ¡Y lo son!

No es el caso de hacer ahora un recorrido por la historia de las violencias evidentes, los celos, luchas y persecuciones por causa de la religión. Pero creo que será de gran utilidad señalar, en materia de relaciones entre religiones, formas de violencia más sutiles, más disimuladas, mejor presentadas, yo diría que vestidas incluso con traje de etiqueta.

En materia de religión, parece particularmente peligrosa la violencia en nombre de la verdad. Esta violencia se ha manifestado de muchas maneras a lo largo de la historia, y parece gozar de una envidiable salud; es una violencia que todavía asesina, aunque sus expresiones más caseras pertenecen a la categoría del desprecio, y las practican quienes se dedican a destruir moralmente lo que todavía no se consideran autorizados a destruir físicamente. Esta violencia de la verdad no es privilegio de las viejas religiones: la han heredado las nuevas –el ateísmo, el agnosticismo...-, y muchos de sus adeptos la practican con verdadera devoción.

Me pregunto qué hemos hecho con la verdad para que, lejos de ser un elemento esencial en la búsqueda de la paz, sea tantas veces la razón con la que justificamos la violencia sobre los demás.

Y algo me dice que la respuesta se halla en nuestro modo de identificarnos con relación a la verdad: ¿Somos sus dueños? ¿Sus administradores? ¿O somos apenas simples peregrinos de su santuario, humildes enamorados que atisban cada día por las celosías de su ventana?

Si posees la verdad, no hay lugar para el diálogo, y tampoco para la paz.

A la violencia que se hace en nombre de la verdad poseída, se ha de añadir la violencia en nombre del prejuicio, pues muy fácilmente, en materia religiosa, nos encontramos con opciones que no se hacen desde el conocimiento objetivo de la propia religión, y menos todavía desde el conocimiento y el respeto de las demás religiones, sino que se hacen desde la ignorancia, hermana de la arrogancia y madre del prejuicio. La violencia, siempre visceral, degenera en instintiva, gratuita, irracional.

Si la verdad poseída era enemiga de la paz, imaginen lo que da de sí la ignorancia puesta sobre el altar de la verdad.

He de referirme por último a la violencia del miedo: No me refiero a la que evoca en la memoria colectiva el miedo al lobo o el miedo “al moro”, el miedo al inmigrante o al diferente. Estoy pensando en un miedo teológico, muy de gente ponderada, muy en relación con Asís.

Desde que, en 1986, nació el encuentro de Asís, nacieron también las aclaraciones, los matices, se fijaron los aros por los que el encuentro había de pasar y oímos latiguillos a los que había de someterse. Fue necesario aclarar que no se trataba de buscar “un consenso religioso”, que no se trataba de “negociar convicciones de fe”, que no se trataba “de un proyecto terreno común sobrepuesto a todas las religiones”. En realidad, sobre el encuentro de Asís voló desde el principio el miedo, un miedo muy en relación con la verdad: miedo a malentendidos, al relativismo, al sincretismo.

Me pregunto si se puede todavía hablar de diálogo cuando hablamos de Asís. Mi impresión es que ése no es el paradigma adecuado para interpretar estos encuentros.

El camino del respeto:

He de referirme aquí a la Declaración *Nostra Aetate* del Concilio Vaticano II²⁰.

Lo que en la fase preparatoria del Concilio había empezado por ser un documento sobre los judíos, terminó por ser una Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

Me pregunto por qué esta Declaración, que es el documento más breve del Concilio, ocupó la atención de los Padres desde la segunda hasta la última de las sesiones conciliares; por qué el calor de la discusión en las diferentes fases de la elaboración de este documento; por qué las muchas redacciones que se hicieron del texto. Y la razón de todo ello parece sencilla: se trataba de una cuestión ardua, muy ardua, por sus implicaciones teológicas, mediáticas y políticas.

Tal vez la única salida que hallaron los Padres del Concilio para evitar el escollo de la confrontación con las demás religiones fue la de ceñirse en la Declaración a considerar sólo “*aquello que es común a los hombres y conduce a la mutua solidaridad*”²¹. Con esa opción por una ‘ruta tranquila’ de aguas compartidas, se intentaba poner una base desde la que fuese posible promover el diálogo y la colaboración entre todos²².

Con la Declaración *Nostra Aetate*, la relación de la Iglesia católica con las religiones no cristianas entraba de forma doctrinalmente irreversible²³ por el camino del respeto: “*La Iglesia católica no rechaza nada de lo que en estas religiones –hinduismo, budismo, las restantes religiones que se encuentran por todo el mundo- es verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, aunque discrepen mucho de los que ella mantiene y propone, no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres*”²⁴.

A nadie se le oculta, sin embargo, que subrayar lo que une, no elimina lo que separa. Y, de hecho, de aquel explícito “*la Iglesia no rechaza*”, “*la Iglesia considera con sincero respeto*”, la Declaración pasa a un igualmente explícito: la Iglesia “*anuncia y tiene la obligación de anunciar sin cesar a Cristo, que es camino, verdad y vida, en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa, en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas*”²⁵.

Con ello quedaban fijados los límites reales de este ‘camino del respeto’ en la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas: En lo que nos une, el diálogo no parece necesario; y en lo que nos separa, no parece posible.

De ahí la precaución, circunspección, cuidado, cautela con que parecen escogidas las palabras de esta exhortación: La Iglesia “*exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que se encuentran en ellos*”²⁶.

²⁰ CONCILIO VATICANO II, Declaración *Nostra Aetate* (= NAe).

²¹ NAe 1.

²² Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la Declaración Nostra Aetate*. En *Concilio Ecueménico Vaticano II. Constituciones, Decretos y Declaraciones*. Edición oficial promovida por la Conferencia Episcopal Española. BAC (Madrid 2004) 699.

²³ Psicológicamente vulnerable.

²⁴ NAe 2.

²⁵ NAe 2.

²⁶ NAe 2.

En el mismo lazo quedan atrapadas las relaciones de la Iglesia con los musulmanes²⁷, y las relaciones con el pueblo de la Antigua Alianza²⁸.

Uno no puede evitar la impresión de que, también en este documento, considerado un símbolo del Concilio y ubicado en el corazón del Concilio²⁹, la Iglesia se presenta como depositaria de la verdad, y de que se dirige a los demás desde una posición de superioridad. Sería difícil evitar la acusación de que los cristianos ‘respetamos en los demás, miramos en ellos con aprecio, lo que tienen de parecido con nosotros’.

Creo que los Padres conciliares fueron conscientes del callejón sin salida donde los había dejado la idea de situar la relación de la Iglesia con las religiones no cristianas en el campo de la verdad alcanzada o poseída. De ahí que, con un golpe repentino de timón, en el último número de la Declaración, llevaron la relación deseada al terreno del amor:

“No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios.

La relación del hombre con Dios Padre y la relación del hombre con los hombres sus hermanos están tan estrechamente unidas, que dice la Escritura: el que no ama, no ha conocido a Dios.

Así se suprime el fundamento de toda teoría o praxis que introduce discriminación entre un hombre y otro, entre un pueblo y otro, en lo relativo a la dignidad humana y a los derechos que de ella dimanar”³⁰.

El camino quedaba insinuado: Era el camino de la encarnación.

El camino de la encarnación:

No voy a hablar de lo que nos une. No voy a hablar de diálogo con el hermano con el amigo, entre los esposos. No se trata ahora de reflexionar sobre nuestra capacidad de amar, de rezar juntos, de escuchar, de responder, de sonreír, de compadecernos.

Aquí hablamos de Caín, de David, de Ajab, de Herodes... hablamos de relación con el rival, o, dicho con menor delicadeza, aquí nos preguntamos si en la relación de Caín con Abel existe una alternativa al crimen y al castigo.

Hace unos años, en un encuentro de franciscanos que viven entre musulmanes, un hermano nos sorprendió a todos con un estallido de cólera por el uso –el abuso- que a su entender estábamos haciendo de la palabra diálogo para referirnos a un marco razonable de relaciones con el mundo en que nos movemos.

No pude entender entonces la lógica de su cólera. Es más, su actitud me pareció, por excesiva, ridícula.

Pero él hablaba desde su vida. En su memoria de perseguido, la palabra diálogo evocaba esa relación del lobo con su cena, que nos describe la fábula de Esopo³¹. Mi hermano,

²⁷ NAe 3.

²⁸ NAe 4.

²⁹ Cf. J. MARTÍN VELASCO, *Introducción a la Declaración Nostra Aetate*. En *Concilio Ecu­ménico Vaticano II. Constituciones, Decretos y Declaraciones*. Edición oficial promovida por la Conferencia Episcopal Española. BAC (Madrid 2004) 695.

³⁰ NAe 5.

³¹ Miraba un lobo a un cordero que bebía en un arroyo, e imaginó un simple pretexto a fin de devorarlo. Así, aún estando él más arriba en el curso del arroyo, le acusó de enturbiarle el agua, impidiéndole beber. Y le respondió el cordero:

-- Pero si sólo bebo con la punta de los labios, y además estoy más abajo y por eso no te puedo enturbiar el agua que tienes allá arriba.

Viéndose el lobo burlado, insistió:

-- El año pasado injuriaste a mis padres.

-- ¡Pero en ese entonces ni siquiera había nacido yo! - contestó el cordero.

Dijo entonces el lobo:

desde la vida, había interiorizado la moraleja del cuento: “*Para quien hacer el mal es su profesión, de nada valen argumentos para no hacerlo. No te acerques nunca donde los malvados*”³².

Aquí nos preguntamos si en la relación del lobo con el cordero hay una alternativa a la violencia de la cena.

El fabulista piensa que no, y aconseja: “*No te acerques*”.

Pero Dios inventó la Encarnación, forma definitiva y absurda de encuentro entre Dios y el hombre, y la Palabra de Dios se hizo nuestra cena.

El Verbo se hizo carne:

El evangelista Juan lo expresó así: “*Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*”³³.

El rival se nos ha entregado. Ya no necesitamos destronarlo. No es que ya no aparece como Dios; es que de él ni siquiera se dice que se haya hecho hombre: se hizo carne, o, según la expresión de Atanasio: *eis sarka paragegonen*, vino a unirse a la carne, sobrevino a la carne³⁴, de modo que “*todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios*”³⁵.

En el pensamiento del cuarto evangelista, el término ‘carne’ “*expresa lo ligado a la tierra, lo caduco y perecedero, algo así como lo típico del modo humano de existir*”³⁶.

Después de la encarnación del Verbo, ya no necesito entrar en la alcoba de Dios para ponerme sus zapatos y jugar a ser grande, lo que, según Jacques Lacan, indicaría mi deseo de asesinarlo. Dios se ha despojado de sus poderosos zapatos para calzar nuestras humildes sandalias. Ahora ya sólo cabe jugar a ser pequeños, a ser humanos, a ser frágiles, a movernos por el mundo con las sandalias gastadas del no poder.

Dios lo hizo don:

El evangelista lo expresó de muchas maneras: “*Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito –lo dio-, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna*”³⁷. “*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice «dame de beber», le pedirías tú, y él te daría agua viva*”³⁸. “*En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo*”³⁹.

La encarnación no es una cobardía; no estamos ante una derrota aceptada antes de librar batalla alguna. Estamos ante un proyecto que el amor ha madurado y que el amor ha decidido realizar: El Unigénito es entregado para que el mundo tenga vida, para que el sediento reciba de este pozo de Dios un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna, para que el hambriento coma con este pan de Dios la resurrección y la vida. Por este don, el Verbo desciende al hombre para que el hombre suba a Dios; el Hijo se hace portador de carne para que nosotros nos hagamos portadores de Espíritu.

-- Ya veo que te justificas muy bien, mas no por eso te dejaré ir, y siempre serás mi cena.

³² Piensen en las implicaciones psicológicas que tiene siempre para las víctimas cualquier forma de diálogo con la banda terrorista ETA.

³³ Jn 1, 14.

³⁴ Citado en R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según san Juan*. I. versión y comentario (Barcelona 1980) 283.

³⁵ 1 Jn 4, 2.

³⁶ R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según san Juan*. I, 284.

³⁷ Jn 3, 16.

³⁸ Jn 4, 10.

³⁹ Jn 6, 32-33.

La Encarnación es la realización de un sueño de Dios, de una utopía divina: Que el hombre tenga vida, vida abundante, vida eterna. Ese sueño lo irán haciendo realidad el amor de Dios y la fe del hombre, la entrega inefable del Hijo y la acogida humilde de los que creen en él.

Dios lo hizo pecado:

En la Carta a los hebreos se dice de Cristo: fue “*probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado*”⁴⁰. Y en la plegaria litúrgica la fe de la Iglesia confiesa que el Hijo de Dios “*compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado*”⁴¹. Es decir, que en el misterio de Cristo la fe separa con nitidez verdad del hombre y realidad del pecado. Sin embargo, paradojas de Dios, lo que confesamos nítidamente separado, está también íntimamente relacionado, pues “*enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y en orden al pecado, Dios condenó el pecado en la carne*”⁴². Esta paradoja la expresó el apóstol en palabras que sólo a él se le hubiese permitido pronunciar: “*Al que no conocía pecado, lo hizo pecado a favor nuestro, para que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él*”⁴³.

Por el misterio de la encarnación, la Sabiduría se hace carne y pone su tienda entre nosotros, no para iluminar sobre la verdad de las religiones, sino para transformar la realidad del hombre, para agraciarse lo desgraciado, para que todo el que cree en el Hijo entregado, elevado, anonadado, tenga vida eterna⁴⁴.

La encarnación no se sitúa en el ámbito conceptual del intercambio de opiniones, pareceres o razones, sino en el ámbito económico del intercambio de bienes. El pecado, lo nuestro, lo hace suyo el “*que no conocía pecado*”, de modo que la justicia, lo de Dios, nos alcance también a los pecadores.

Para hacer posible ese intercambio –ese asombroso intercambio–, el justo ocupa el lugar del pecador. Aquí no hay discusión, ni siquiera diálogo: se trata de ocupar el lugar del otro para que a él le alcance la vida que tú llevas, mientras tú te quedas con la muerte que él llevaba.

Vienen a la memoria las palabras del cuarto cántico del Siervo del Señor: “*Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores... sus cicatrices nos curaron*”⁴⁵.

El camino de la encarnación lleva al encuentro con el otro: a compartir la pobreza del otro, a sufrir la oscuridad del otro, a sobrellevar la carga del otro, a bajar al infierno del otro, ¡a bajar!

Y aquí pide espacio la revelación más sorprendente que se nos haya podido hacer, el himno litúrgico más escandaloso que se haya podido cantar: “*Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y una muerte de cruz*”⁴⁶. Bajar hasta el hombre, hasta la muerte del hombre, hasta la cruz del hombre.

El que vino hasta los últimos por el misterio de la encarnación, continúa bajando hasta los últimos en el misterio de la Iglesia. Si dices Iglesia, dices comunidad “encarnada”, comunidad de hombres y mujeres que bajan hasta lo último, hasta los últimos.

⁴⁰ Heb 4, 15.

⁴¹ Misal Romano: *Plegaria eucarística IV*.

⁴² Rm 8, 3.

⁴³ 2 Cor 5, 21.

⁴⁴ Cf. Jn 3, 14-15.

⁴⁵ Is 53, 4. 5.

⁴⁶ Fil 2, 5-8.

En ese camino de encarnación, las palabras necesarias para el diálogo las hallarás definidas sólo en el diccionario del amor.

El espíritu de Asís:

Con lo dicho, eso que llamamos espíritu de Asís se sitúa lejos de la ingenuidad tanto como de la ficción.

No creo que el mundo esté hoy más desquiciado que en tiempos de Francisco de Asís; no creo que a Francisco se le pueda considerar un ingenuo o un soñador. Su pobreza y su alegría no fueron una evasión de la realidad: fueron un antídoto para sus males.

Supongo que será legítimo ver en el espíritu de Asís un proyecto religioso, un proyecto humanístico, un proyecto espiritual, un proyecto ecuménico, un ejercicio de convivencia pacífica, un aprendizaje de respeto mutuo y de confiada colaboración. Yo prefiero verlo como proyecto evangélico: proyecto de servicio, pues Dios en Cristo a todos ha querido servir; proyecto de abrazo, pues Dios en Cristo a todos ha querido abrazar; proyecto de don, pues Dios en Cristo a todos ha querido darse.

Supongo que será legítimo, seguramente razonable, ver en Francisco de Asís a un iluso o a un ingenuo, a un poeta o a un soñador. Yo prefiero verlo como a un hombre con visión de futuro, como a un profeta, como a un portador de palabras llenas de verdad.

Supongo que será legítimo ver en el espíritu de Asís el halo misterioso de la utopía. Yo prefiero ver allí la interpelación perentoria de una misión recibida de Dios.

Al mundo en que vivimos no le falta dinero sino justicia, solidaridad, amor. Para el mundo en que vivo no pido más Bancos, sino la pobreza, humildad y alegría de Francisco de Asís. Los leprosos con quienes me cruzo en el camino no necesitan más cajeros automáticos, sino mi cariño, mi cercanía, mi comprensión, mi familiaridad, mi alegría, mis manos, mi corazón.

El futuro no está en las mayorías parlamentarias sino en el corazón de los hombres. El futuro no está en la Bolsa sino en la conciencia. El futuro no está en la convivencia pacífica sino en la paz, de la que siempre seremos humildes buscadores, tozudos amadores, sufridos y tenaces constructores: “*peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz*”.

Nada se te dará hecho. La paz, como la verdad, no la hallarás fuera de ti. Y tú nunca serás sino un peregrino en el camino que lleva a la verdad y a la paz.

Mientras peregrinas, ellas ya te mueven, te atraen, te guían, ellas son ya el ama de llaves de tu corazón. Mientras las buscas, ellas ya te han encontrado, ya viven contigo.

“Los motivos del lobo”:

He puesto delante de vosotros un camino apasionante, arduo, cualquiera diría que imposible. Es el camino que recorrió quien dijo de sí mismo: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida*”⁴⁷. Para un discípulo de Jesús, el verbo dialogar significa bajar, servir, dar la vida. En ese camino sentirás que alguien te recuerda una y otra vez “*los motivos del lobo*”⁴⁸, motivos siempre convincentes porque siempre experimentados como verdaderos, reales:

*Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Perdían los débiles, ganaban los malos,*

⁴⁷ Jn 14, 6.

⁴⁸ Poema de Rubén Darío, que comienza así: “*El varón que tiene corazón de lis, alma de querube, lengua celestial, el mínimo y dulce Francisco de Asís...*”.

*hembra y macho eran como perro y perra.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así me apalearon y me echaron fuera,
y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera
y me sentí lobo malo de repente,
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.*

Si has conocido a Jesús, como Francisco de Asís, puede que no puedas refutar esos motivos, puede que te dejen sin palabras las razones del lobo, puede que lágrimas y desconsuelos sean el premio de tu esfuerzo, pero no quedará sin razones tu camino:

*El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»*

Por encima de las razones del lobo está la experiencia de Dios como Padre y la esperanza que el conocimiento del Padre hace cierta en nosotros. El lobo dice su verdad cuando explica su ferocidad. Tú dirás tu verdad cuando te arrodilles y digas: Padre nuestro... Tu oración no confía al viento una desilusión, sino que fundamenta en Dios, en su amor, tu esperanza, tus razones, tus motivos, siempre más fuertes y verdaderos que los motivos del lobo.

Si todavía no lo puedes creer, te llevaré a donde lo puedas ver, al lugar donde el Padre dice: “Éste es mi Hijo”; y donde el Hijo dice: “Padre que estás en los cielos”. Te llevaré al Jordán, a un bautismo que prefigura el de la cruz; y al Calvario, donde se consuma lo que el bautismo en el Jordán significaba.

Antes de que el viento del bosque llevase la oración de Francisco y la nuestra, el primer viento de primavera recogió la oración de Jesús: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”⁴⁹; “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”⁵⁰. Aquí **se desvanecen los motivos** del lobo, aquí **vence el Cordero** inmolado; aquí Jesús **se encuentra con** quienes lo crucifican, se encuentra con el ladrón que confiesa estar recibiendo el justo pago por lo que hizo, se encuentra con el centurión que ha dirigido la crucifixión, se encuentra contigo, conmigo... aquí Jesús **a todos lleva** la paz.

La paz es nuestra forma de vida –la de Jesús, la de Francisco, la tuya-, porque Dios es nuestro Padre.

CONCLUSIÓN:

He de citar de nuevo el evangelio de Lucas y el contexto en que se nos revela el camino que conduce a la paz:

⁴⁹ Lc 23, 34.

⁵⁰ Lc 23, 46.

“Al acercarse y ver la ciudad, (Jesús) lloró sobre ella, mientras decía: «¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra”⁵¹.

Veis que la paz aparece en relación con el misterio de Cristo, con el reconocimiento de Jesús, con la verdad de Cristo: “Si conocieras lo que conduce a la paz”, “si conocieras el don de Dios”, si creyeses en Cristo, si fueses transformado en Cristo. Que nadie se llame a engaño: no se trata del conocimiento de Cristo que pueda tener el historiador, el teólogo, el inquisidor o el charlatán; se trata del conocimiento que tiene el creyente, un conocimiento que es experiencia de Cristo, comunión con Cristo, vida en Cristo.

Conocido así, el que se hizo nuestro, se hizo nuestra paz: Cristo es la Paz.

Gracias.

⁵¹ Lc 19, 41-44.

Los motivos del lobo

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
iel lobo de Gubbia, el terrible lobo!
Rabioso, ha asolado los alrededores;
cruel, ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertos y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco, con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: «¡Paz, hermano
lobo!» El animal
contempló al varón de tosco sayal;
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas,
y dijo: «¡Está bien, hermano Francisco!»
«¡Cómo!» exclamó el santo. «¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?
¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
no han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?»

Y el gran lobo, humilde: «¡Es duro el invierno,
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer; y busqué el ganado,
y en veces... comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo vi más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno vi
manchase de sangre, herir, torturar,
de las roncadas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.
¡Y no era por hambre, que iban a cazar!»

Francisco responde: "En el hombre existe
mala levadura.
Cuando nace, viene con pecado. Es triste.

Mas el alma simple de la bestia es pura.
Tú vas a tener
desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!"

«Esta bien, hermano Francisco de Asís.»
«Ante el Señor, que toda ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata.»
El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, bajo la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: «He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya vuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios.» «¡Así sea!»,
Contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
de contentamiento,
movió la testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía al valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.

Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintiose el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto en los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dio treguas a su furor jamás,
como si estuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
todos los buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo.

Se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.

«En nombre del Padre del sacro universo,
conjúrote» dijo, «¡oh lobo perverso!,
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho.»

Como en sorda lucha, habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:

«Hermano Francisco, no te acerques mucho...
Yo estaba tranquilo allá en el convento;
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tienen que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad,
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.»

El santo de Asís no le dijo nada.
Le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos,
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»